

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DÍAS NUBLADOS

Por una vez, los hechos sociales tienen lógica: no siempre hemos de ser el pueblo de los viceversas. — Digo esto fundándose en que los teatros de Madrid sufren una crisis penosa, y á excepción del Español, único que resiste á la mala racha, se encuentran en peligro de cerrar sus puertas bien pronto. Claro que este es un caso de los más sencillos y naturales: á tantas calamidades como pesan sobre España; á tantos duelos, lágrimas y lutos, corresponde exactamente el descenso del bolsillo y del humor y el absentismo del público. Sólo que aquí, en esta bendita tierra siempre original, no valen correspondencias. El día en que deberíamos ser Heráclitos, con un pañuelo del tamaño de una toalla, somos el Demócrito que se descalza de risa; el día en que no tenemos un ochavo le rompemos la crisma á una onza; el día en que nos embargan convidamos al alguacil; el día en que hacemos bancarrota organizamos una corrida monstruo, y el día en que nos entierran resucitamos tocando las castañuelas y zapateando seguidillas gitanas. Ni pizca me hubiese maravillado si este año, este año precisamente, los empresarios se redondeasen y las confiterías se excediesen á sí mismas en la próxima Navidad.

¿Es un bien ó es un mal este desahogo y este *qué se me da á mí* de nuestra raza? ¿Somos héroes ó somos figurones de piedra berroqueña? ¿Tenemos el alma de un Marco Aurelio ó almas de cántaro? El problema es curioso desde el punto de vista de la psicología etnológica — (dos palabras muy feas y que parecen pedantescas; me lo parecen á mí, que acabo de trazarlas). — Quiero decir, en castellano claro como el agua, que me gustaría averiguar por qué razón se diferencian tanto las gentes sin más que nacer del lado allá ó del lado acá de una cordillera. Ahí están esos franceses, que después de veintiséis años no se han consolado de las desventuras de la guerra. Se diría que no piensan en otra cosa: al menos hablan de ello tan á menudo, que es de creer que lo tienen siempre presente. Ha nacido una generación nueva, la de entonces es casi vieja, y sin embargo el escozor no se les quita; la hora de la prescripción no llega. Nosotros, aunque en el primer momento nos tragamos el mundo, difícilmente cultivamos con paciencia un sentimiento nacional. Quizás, lo repito, sea éste un don feliz, que debemos agradecer á la naturaleza.

A pesar de nuestra flema, este año hemos llegado á impresionarnos con lo que nos sucede. El caso no es para menos. Dos guerras coloniales nos devoran. Nos cuestan sangre; pero sangre y valor nadie negará que aquí abundan, y por falta de esa *primera materia* animosa, de ese protoplasma heroico, no ha de plegarse jamás nuestra bandera. Por desgracia no basta la sangre. El dinero es el nervio de estas guerras sostenidas á tal distancia, contra tales enemigos, y sobre todo contra tales climas. El dinero no es inagotable, ni es ¡ay! lo que más nos ha sobrado nunca... No nos sobraba cuando venían los galeones de Méjico cargados de barras de plata; ¿qué será hoy, cuando por el contrario es nuestra pobre plata la que se va á derretir bajo el sol de Cuba y entre las ondas del archipiélago filipino?

En esto del dinero ven todos la clave de los acontecimientos futuros. Aliento, lo hay para más aún de lo que traemos entre manos. Lástima que el aliento, la resolución, la constancia, el desprecio de la muerte — las grandes virtudes españolas — no puedan acuñarse y correr por moneda. Siempre la hidalguía tropieza en ese miserable obstáculo del dinero. ¡Impura realidad! Los soldados gastan, gastan muchísimo, aun cuando los cuitados de ellos no pasan vida regalada, ni cosa que se le parezca. ¿De dónde van á salir las misas de los fusiles, las misas de tanta gente como allá enviamos? En este esfuerzo supremo ¿quién nos ayuda? ¿Qué Wellington, qué tropas auxiliares nos prometen socorro? ¿Son ilimitados nuestros recursos? ¿Resistiremos? ¡Tristísimo problema! No habría nadie capaz de vencernos, si se lidiase sólo con el alma... y aun con el cuerpo. El Aquiles español tiene el punto vulnerable en la faltriquera...

No son sólo los teatros los que se resienten de esta situación tan angustiosa. Los salones permanecen cerrados: no se baila. Y el baile — que parece cosa tan frívola — es un elocuente síntoma social y hasta político. Según se siente, así se danza. En las saturnales revolucionarias se bailaba la grosera y cínica carmañola; en las voluptuosas fiestas del Directorio empezó á aparecer el vals sugestivo y febril. Cuando la juventud, á quien impulsa al movimiento el hervor de su sangre y la integridad de sus fuerzas, no baila, es que un marasmo profundo ó una inquietud devoradora dominan á la sociedad. La acción de abrir un piano, de preludiar un rigodón, de organizarlo, ha llegado ya á tener cierto carácter inconveniente. Nadie prohíbe los bailes, y sin embargo los bailes disminuyen; la melancolía y la austeridad del Palacio Real, con sus puertas cerradas desde antes de media noche, se infiltra, se comunica á las mansiones aristocráticas; sin querer, por el contagio de las amarguras y las zozobras que todo el mundo sufre, imita la burguesía este proceder de las altas clases; y el raudito cotillón es un proscrito, que espera la llegada del carnaval para presentarse tímidamente, con sus bandejas de baratijas, los abanicos japoneses, los moños de cinta con cascabeles dorados, los espejillos y las sombrillas de colorines... ¡Ay del cotillón! ¡Qué cara tan mustia tiene el cotillón interminable y clásico, la *sangría suelta* de baile, favorable á los enamorados; qué alicaído está, qué mudo su vibrante ritmo, qué lacias sus flores, qué silenciosas las sonajas de sus panderetas!

Fué ayer cuando una tarde veraniega, límpida, más bien fresca, de esas tardes de terciopelo que tiene el estío en Galicia, se reunió bastante gente joven debajo de los árboles de mi Granja, y bailaron en el amplio hemisferio, que sombrean acacias enormes. Pues bien: uno de aquellos muchachos, casi niños, ya pagó su tributo á la muerte, bajo el firmamento turquí de la Habana, mortífero para el peninsular. Increíble nos parece, á los que recordamos al joven cillo, imberbe y rubio, que haya sido la guerra la que segó su vida cuando alboreaba; pero ¿quién no tendrá hoy en su familia, entre sus amigos, de estos dolores, de estas impresiones que son como una ducha glacial, algo que corta el aliento? ¿Cómo sería posible que el cotillón no se escondiese tras las cortinas de seda, avergonzado, encogido, temeroso de moverse, no vayan á tilintear con imprudencia los dorados cascabeles y á repicar las sonajas argentinas, gozosas como una plática de amor á los veinte años?

Y en cuanto á los teatros, no creo que pueda salvarlos de la crisis ni la Paz y Caridad... Me han asegurado que uno de los más importantes ya habría dado fin á la temporada, á no tener fija la esperanza en el drama de Dicenta, que todavía no ha principiado, cuando esto escribo, ni á ensayarse. La fortuna y la popularidad de *Juan José* engolosinan al empresario. ¡Si saliese otro drama tan aplaudido, tan comentado, tan bien acogido, tan prohibido! ¡Si le naciese á *Juan José* un hermanito chico que se le pareciese mucho en la buena sombra! Porque, debemos reconocerlo, *Juan José* tuvo sombra; la tuvo hasta en causar espanto á mucha gente, que tal vez se asustó más de lo que el caso requería. En un periódico tradicionalista leí no ha mucho esta frase á lo Veuillot: «Satanás y Dicenta pueden regocijarse; han conseguido su objeto...» ¡Satanás y Dicenta! Yo no digo que *Juan José* sea un tratado de moral ni un cuadro edificante, ni una escuela de paciencia y resignación; es un drama de amor, y de amor nada petarquista; pasa entre obreros, y por lo tanto no huelen á oponax los personajes. De eso á convertirlo en manifiesto socialista... Bien se ve que en materia de literatura socialista no estamos aquí hechos á bragas, y nos hace llagas cualquier cosa. Si conociésemos bien, por ejemplo, las poesías revolucionarias de Burns, la de Nekrassof, la dolorosa *Canción de la camisa* de Tomás Hood... La literatura desesperada viene del

Norte; Dicenta, realmente, ni aun en *Juan José* es un desesperado; sus obreros tienen rasgos de buen humor, cierta conformidad estoica en medio de la miseria; el fondo es sombrío, pero por la estrecha ventana de la buhardilla entra un rayo de sol, que es la pasión; porque, culpable y todo, cuando el alma conserva energía para querer tanto, bien puede regenerarse; y *Juan José*, para regenerarse, ¿qué necesitaría? Haber tropezado con una mujer que le quisiese de veras y con un maestro de obras menos pillo.

Mientras no se estrena la nueva obra del consocio de Satanás, los teatros languidecen; y no sé por qué se ha levantado tal cruzada contra los sombreros de las señoras, precisamente hoy que la gente deserta de las butacas. Se declama á propósito de los sombreros, se reniega y maldice de ellos; pero nadie da en el *quid*, nadie comprende que las señoras no tienen la culpa. Las señoras están enseñadas á huir como del fuego de la menor originalidad, novedad ó excentricidad en la manera de conducirse. Lo único que no puede hacer una señora, so pena de gravísima reprobación y de exponerse á serios disgustos, es inventar costumbres. El tacto consiste en seguir las ya establecidas, paso á paso, con mesurado continente; ahí está el toque de lo adamado y señorial. ¿Qué dirían los mismos que incitan á las señoras á presentarse en las butacas sin sombrero, de la primer amazona que acometiese la fazaña? ¿Cómo juzgarían su conducta? De seguro que muy severamente, ó lo que es peor aún, con ironía y chunga. «Ha querido distinguirse y llamar la atención; no la guía la caridad, ni el respeto al derecho ajeno, al derecho del espectador que ha comprado su localidad y exige con razón ver el espectáculo; no; lo que busca la muy caridatosa es que la miren, que se fijen en ella, que la lleven y traigan...» Eso dirían nuestros dulces y galantes señores de la primera ó de las diez primeras que les complaciesen quitándose el sombrero. No les arriendo la ganancia á las pobrecillas, como no se la arriendo jamás al que toma una iniciativa, por útil que sea, contraria al uso.

Los directores de los teatros sí que podrían resolver la cuestión, vedando el sombrero en las butacas. Sólo que los directores, por estos tiempos que corren, no están para perder ni un espectador. ¡Que vayan las señoras, calcularán ellos, así ostenten en la cabeza la nao Santa María!

Si las desgracias de la nación repercuten tan hondamente en la vida de las capitales, al fin más disipada, envuelta en el tráfago de asuntos y distracciones, pensad ¡qué será en el campo, donde las ideas son tan limitadas y tan escasos los temas de conversación! En las veladas junto al fuego donde se cuece el pobre caldo de berzas, alimento del campesino; en el atrio de la iglesia, á la salida de misa mayor, mientras se vocea y puja la gallina de las benditas ánimas del Purgatorio, creed que se habla de la guerra, de esa guerra lejana y misteriosa, tan mala de entender, tan enigmática para el aldeano. No pueden darse cuenta del por qué andamos á trastazos con los negros. Lo único que saben estos *mujiks*, estos hombrillos del terruño, resignados, maliciosos á ratos, muy fatalistas, es que les llevan allá á sus hijos «á morir como moscas», dicen ellos en su lenguaje pintoresco y gráfico. Lo único que saben es que las contribuciones arrecian; que los consumos, ese impuesto ya tan despiadado, tiene ahora una sazón diabólica con el aditamento de la sal; que se habla de una quinta de diez y ocho á cuarenta años, y que si esa leva formidable llega á ser un hecho, sólo que quedarán para labrar la tierra las mujeres... «¡Y todo por los negros!», añaden ellos con expresión de asombro. «¡Nada, por los negros! ¿Qué les hemos hecho á los negros?», preguntan. Sería tan penoso desengañarlos, decirles que los negros no hubiesen danzado este horrible danzón del machete y de la tea, á no ser por los blancos, nuestros hermanos, sangre nuestra, mal que les pese, porque de los mansos indios de Cuba no queda ni la memoria.

A mi juicio, creen los aldeanos que Cuba es una inmensa isla llena toda de negros. Como aquí se pasan años sin ver á un negro y hay ancianos de setenta que no los han visto en su vida, suponen que el negro será un bicho, un feroz espantajo, una especie de monstruo con garras, piel de oso y ojos de lumbre. Así es que la idea de ir á batirse con esos endriagos, entre pantanos, malezas y erizadas de agudas espinas, calor sofocante y lluvias sin término, les estremece. Que llegue, sin embargo, el momento, y los veréis ir resignados al cuartel, al buque, á la manigua. «Si está de Dios — dicen moviendo la cabeza — también aquí podemos morir. Allá iremos todos, cuando Dios quiera...» Y hablando así, recogen la azada y prosiguen la labor.

EMILIA PARDO BAZÁN